

ENRIQUE
CORREA:

**MI VIDA,
MI HISTORIA**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Enrique Correa y Luis Álvarez V.
Derechos exclusivos de edición
© 2025, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Fotografía de portada: David Gómez
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: junio de 2025

ISBN: 978-956-408-809-9
RPI: 2025-A-5223

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

ENRIQUE
CORREA:
**MI VIDA,
MI HISTORIA**

LUIS ÁLVAREZ V.

*A mi familia, tanto a quienes están como a los que ya partieron.
A todos a quienes han sido parte de mi vida, incluyendo a muchos
que, por espacio de mi memoria, no están aquí nombrados.*

ENRIQUE CORREA R.

A mis amores, María Claudia, Natalia, Pablo y Diego.

LUIS ÁLVAREZ V.

Índice

Introducción	11
I. La familia y el círculo cercano	19
II. Ovalle	27
III. Cristianismo y marxismo	33
IV. La Universidad Católica y la DC	43
V. La formación del MAPU	51
VI. El MAPU en el gobierno de Allende	65
VII. El Partido Comunista	89
VIII. El golpe	97
IX. El exilio y la clandestinidad	111
X. Reflexiones y lecciones en el exilio	127
XI. Los ochenta	143
XII. De las protestas al plebiscito	151
XIII. Del plebiscito al gobierno	165
XIV. En el Gobierno	181
XV. De consultor internacional a lobista	227
XVI. Con los ministros del presidente Frei	247
XVII. La campaña y el gobierno de Ricardo Lagos	255
XVIII. El primer gobierno de Michelle Bachelet	277
XIX. El recambio y los debates	283
XX. Los militares	301
XXI. Una larga relación con la Iglesia	317
XXII. Asesorías y controversias	335
Reflexiones	351
Agradecimientos	375

Introducción

“Hacer lo que hay que hacer y hacer lo correcto”. Enrique Correa me resumió su filosofía de vida en esta frase para una biografía extensa en la que trabajamos por casi seis años, desde que me propuso escribirla juntos a partir de muchas horas de conversación que fueron dando forma a este libro.

Enrique no suele escribir. Pero como buen político tiene el don de la palabra, y con su pasado intenso va hilvanando historias personales que están adosadas a la historia política de Chile. Sin haber sido un político de alta exposición pública —con excepción de los cuatro años en que fue ministro—, es un personaje clave de momentos también claves, que abarcan la segunda mitad del siglo XX y lo que ya llevamos del siglo XXI.

Cuando aparece en algún evento, casi siempre como expositor, no se hace notar. Entra caminando medio ladeado y sin hacer aspavientos. Quienes han asistido a esas exposiciones pueden dar fe de que no usa presentaciones en PowerPoint ni proyección de imágenes. Se sienta frente a la audiencia y se apoya en tarjetas con tres o cuatro párrafos que le sirven para ir expresando lo que quiere decir y lo hace repitiendo con énfasis las ideas principales. Sus audiencias no saben que esas tarjetas escritas a mano con letra de médico deben ser descifradas más tarde por su asistente, para convertirse en textos o documentos, algunos de los cuales han sido publicados *in extenso* en la prensa escrita.

Cuando habla es escuchado con atención y cuando no es aplaudido con las manos lo es con mensajes o llamadas que recibe posteriormente. Porque uno de sus indiscutidos atributos es la capacidad para mostrar un panorama general del país que les hace sentido a las audiencias y que proyecta lo que puede venir. Esa capacidad es la base del éxito que tuvo y sigue teniendo en su incursión empresarial, a la cabeza de una reconocida empresa de consultoría en asuntos públicos, *lobby* y comunicación estratégica.

La política lo cautivó desde niño. Era tema presente en la mesa familiar y en los años en que ser católico y promover la democracia se transformó en la columna vertebral de un partido con alcance

histórico; así es como se hizo democratacristiano y trazó un sendero que marcaría el resto de su vida.

Sus recuerdos parten en Ovalle, ciudad de la que habla con pasión nostálgica, y continúan en el liceo de esa ciudad, el seminario donde quiso ser sacerdote, los agitados años sesenta en la Universidad Católica, la conversión al marxismo sin abandonar del todo el cristianismo, la formación y posterior división del MAPU, los años de la Unidad Popular, el cruento golpe de Estado, el exilio, los ingresos clandestinos a Chile, el trabajo con organizaciones sindicales, la campaña del No a Pinochet, la campaña de Patricio Aylwin, sus cuatro años en ese gobierno, sus posteriores consultorías internacionales, su empresa de *lobby* y comunicación estratégica, y sus asesorías *ad honorem* a gobiernos de la Concertación.

Tal es el grueso del contenido de este libro biográfico. Pero Enrique también quiso dedicar capítulos a la cercanía que tuvo con líderes históricos del Partido Comunista chileno, su relación con el mundo militar y con la Iglesia católica y los casos que han despertado controversias en torno a él, para cerrar con una reflexión sobre el estado actual de la política chilena y el impacto que tuvieron en ella el estallido social y la pandemia.

La vida de Enrique no tiene grandes revelaciones. Siempre dice que no hay nada en sus ocho décadas de vida que sus más cercanos no sepan y que por eso vive tranquilo. Pero igual quiso hacer mención de quienes componen su amplia familia y su círculo más cercano.

Hasta el año 2000, Enrique Correa era para mí un personaje de la política chilena o, en palabras de Ascanio Cavallo, un “hombre de la transición”. No lo conocía personalmente. Alberto Luengo, con quien compartimos muchas horas de trabajo periodístico en distintos medios, le mencionó mi nombre a Enrique, quien buscaba a alguien para organizar en su naciente empresa Correa&Correa Consultores un área de comunicación estratégica. Luengo trabajaba con Enrique y aceptó ser director del diario *La Nación* y yo renuncié a mi cargo de editor general de la revista *Qué Pasa* para pasar al mundo de la consultoría comunicacional.

Hacia fines de ese año asumí como gerente de comunicación estratégica de Imaginaccion, cargo que no existía hasta entonces, para dar una dimensión comunicacional a casos de clientes que

habían llegado por *lobby*. En esos años, nos propusimos modificar el nombre original a Imaginacion Consultores.

Trabajé allí hasta mediados del año 2006, cuando fui invitado por un *headhunter* a ser parte de un proceso de búsqueda de un gerente de comunicaciones del Banco Central, cargo para el que fui seleccionado después de una serie de entrevistas.

Aprendí mucho con Enrique sobre consultoría, sobre procedimientos y métodos para trabajar con clientes que eran empresas privadas u organizaciones no gubernamentales. Cuando llegaba a la oficina un potencial nuevo cliente, Enrique lo escuchaba con atención y, antes de darle una respuesta, preguntaba mi opinión. Luego les proponía un camino a seguir y les anticipaba el envío de una propuesta. Posteriormente, nos daba las directrices generales y nuestro equipo comenzaba a trabajar en la consultoría. Siempre tuve autonomía para seleccionar mis equipos y me rodeé allí de excelentes profesionales.

Sentí siempre la confianza de Enrique en mi trabajo, apegado por supuesto al Código de Ética que Imaginacion tiene desde que se creó y que coincide plenamente con mi forma de actuar en mi vida profesional. Lo mismo con la transparencia y el apego a la ley.

En el Banco Central volvimos a tener contacto, porque fue contratado como asesor del consejo dirigido por Vittorio Corbo. Los presidentes José de Gregorio y Rodrigo Vergara, siempre con acuerdo del consejo, lo mantuvieron como asesor, y con Mario Marcel decidieron no continuar para evitar cuestionamientos, debido a que años atrás y por poco tiempo habían sido socios en un proyecto conjunto.

Cuando dejé el Banco por decisión personal en el año 2019, comenzamos con Enrique la preparación de su biografía. Acordamos un método que consistía en conversaciones en las que yo iba extrayendo sus recuerdos en todas las fases de su vida, desde su niñez en Ovalle hasta su actividad en la consultoría, el *lobby* y la comunicación estratégica. Fueron más de treinta reuniones de entre dos y tres horas cada una en aquella sala enorme de paredes sin pintura, mesa ovalada y que mantiene su mobiliario desde su instalación en el piso veinticuatro del edificio de La Concepción.

Llevábamos un importante avance cuando vinieron el estallido social y luego la pandemia, lo que nos obligó a pausar nuestro

ritmo de trabajo. Durante el estallido, la consigna de los treinta pesos y los treinta años con que se quiso interpretar una acumulación de frustraciones en la sociedad tenía en Enrique Correa a uno de sus símbolos. Luego de dos plebiscitos constitucionales en los que la sociedad chilena dio sucesivos portazos a los extremos, aquella consigna fue quedando guardada en un cajón, mientras se volvió a hablar de diálogos para acuerdos, crecimiento económico y relación público-privada como factores claves para el desarrollo económico y social.

Aunque en este libro Enrique Correa cuenta su vida en forma lineal o cronológica, quisimos abordar también ciertas reflexiones políticas que han guiado su actuar y algunos aspectos específicos como su relación con el mundo militar o su fuerte vínculo con la Iglesia católica. No quisimos tampoco dejar de lado las controversias en que se suele involucrar a Enrique y que empiezan a tomar cuerpo cuando a principios de los 2000 dice públicamente que hace *lobby*.

El libro cierra con una reflexión suya sobre los años recientes que cuestionaron crudamente el trabajo realizado por toda una generación de políticos que dieron al país uno de los períodos de mayor libertad democrática y desarrollo económico de su historia. Un cuestionamiento acompañado de una violencia desatada y atemorizante que llegó a ser aplaudida en el interior de una de las instituciones más representativas de la democracia; una violencia que, por lo demás, terminó dañando más seriamente a los más pobres y que llegó a eclipsar las demandas expresadas en marchas multitudinarias.

A pesar de ser un actor conocido en el mundo político y de haber aparecido más de una vez en *rankings* de poderosos de Chile, Enrique ha tratado de cultivar un bajo perfil. Desde que dejó de ser ministro, ha dado pocas entrevistas —no más de dos o tres en el año—, siempre sobre temas de coyuntura política y nunca con expresiones descalificatorias o estruendosas. Con muy pocas excepciones, sus entrevistas llaman a la reflexión y no se convierten en tema para otros titulares que alienten una controversia.

Es un ávido consumidor de noticias y no me ha sido extraño recibir un llamado dominical suyo para comentar algún acontecimiento. Me llama para saber qué pienso de una noticia y generalmente terminamos coincidiendo en nuestras apreciaciones. Si

alguna vez discrepamos, nunca lo hace sentir con tono de soberbia o superioridad. “¿Tú crees?” o “pero parece que no es tan así”, me dice. En realidad, nunca hemos tenido una discusión. Como señala en su biografía, cada vez que va a dar una entrevista me llama para consultar mi opinión, aunque luego el proceso de gestión de esa entrevista queda, como corresponde, en manos de la gerenta de comunicación estratégica de Imaginacion, Claudia Miralles. El mismo día en que se publica recibo un llamado de Enrique para saber qué me pareció. La verdad es que nunca he tenido que discrepar con lo que dijo ni con la forma en que lo hizo.

A su bajo perfil añade una buena cuota de austeridad. Su oficina es pequeña, sin sillones o grandes adornos, por lo que sus reuniones son siempre en una de las dos salas que tiene la empresa; vive en un departamento en Providencia y pasa sus veranos en su casa de El Quisco, que mantiene ya por varias décadas. No es amigo de asistir a reuniones sociales, fiestas o matrimonios de quienes asesora y nunca se ha mimetizado con el mundo de la riqueza.

Su estilo es sencillo y también refleja esta austeridad. Hasta hace pocos años no usaba teléfono móvil *touch*, sino uno a la antigua, y solo escribía mensajes de texto. Me sorprendí hace un tiempo cuando me envió un mensaje por WhatsApp.

Su familia está en el centro de su vida. No es extraño que suspenda reuniones importantes por tener que acompañar a un integrante de su familia en una emergencia de salud, como ocurría a menudo cuando cuidaba a su madre. Es muy amigo de sus amigos y muchos de ellos han recibido su ayuda o su apoyo.

Se suele presentar a Enrique Correa como un personaje controvertido. En rigor, nadie que haya dedicado su vida a la política puede pretender estar ajeno a la controversia. Defender ideas o posiciones y tener participación en procesos con exposición pública crea necesariamente adversarios y deja heridos.

Las reflexiones profundas que dejó en sus protagonistas el quiebre de la democracia agudizó diferencias entre quienes permanecieron y permanecen aferrados a un ideario que los propios hechos fueron desarmando y quienes buscaron aprendizajes para continuar en política con el interés de contribuir con otra perspectiva al bienestar de la sociedad.

Fueron muchos los protagonistas del gobierno de Salvador Allende que una vez en el exilio e inmersos en los socialismos reales regresaron a Chile con una mirada distinta y como parte de una izquierda renovada. Varios de ellos, como Enrique, estuvieron en la creación y en la influencia que ejerció el MAPU en la política chilena. Esa izquierda se propuso, primero, poner fin a la dictadura sin recurrir a la violencia y, luego, alcanzar el poder para generar mediante acuerdos amplios desarrollo económico y social, con una profundización de la democracia y una sana relación público-privada.

Enrique Correa fue un *factótum* de ese proceso y luego de ser uno de los actores claves de la transición, se dedicó a las consultorías internacionales para aterrizar en la consultoría, el *lobby* y la comunicación estratégica.

El libro contiene una fundamentación y reflexión sobre el *lobby*, que es justamente una actividad contraria al tráfico de influencias, aunque lo común es confundirlas erróneamente como si fueran lo mismo. Pero demonizar el *lobby* es más fácil y más atractivo, porque solo se le mira como una forma de resistir cualquier política pública que limite el libre actuar de la empresa privada y perjudicar con ello a la población del país.

Cuando yo era parte de Imaginacion impulsamos como empresa la regulación del *lobby*, para lo cual se hicieron investigaciones de legislaciones en el mundo desarrollado. La Ley de Lobby que actualmente existe y que se busca reforzar contiene parte de esos fundamentos, aunque lo que se proponía en ese tiempo era mucho más estricto que el cuerpo legal finalmente aprobado en el Congreso.

Sin embargo, y contrariamente a lo que se comenta con frecuencia, Imaginacion no es exclusivamente una empresa de *lobby* ni Enrique Correa es exclusivamente un lobista. La gestión de *lobby* es uno de los múltiples servicios que presta, entre los que se cuentan la comunicación estratégica, la identificación de audiencias, la gestión de crisis, la preparación de voceros, las consultorías y la construcción de estrategias para abordar problemas complejos en un mundo de problemas que también son cada vez más complejos.

Pero los adversarios prefieren mantenerlo encasillado. Enrique sabe que tiene adversarios, que estos son parte de la vida y de la actividad que ha elegido. Sabe también que seguirá teniéndolos, como cualquier persona que esté en política.

Esta es una biografía sin misterios, porque no los hay. Cada vez que alguien ha intentado develar misterios de la vida política de Enrique Correa se ha encontrado con una caja vacía, con eventos ya conocidos o con situaciones que no dan ni para escándalo ni para denuncia. Hasta hoy no existe ninguna investigación judicial que lo haya involucrado. Nunca ha estado en una lista de potenciales imputados y menos de acusados por alguna irregularidad, pese a la tentación de investigarlo. Lo que se dice de él tiene que ver con divergencias que conllevan una fuerte carga ideológica o con una dosis no menor de mitología en torno a su “agenda de contactos” o “llamados telefónicos”. No hay evidencia de que ejerza el “poder en las sombras”, como se ha dicho insistentemente. No hay ministros de gobiernos pasados que hayan denunciado un llamado impropio suyo para presionar por algún cliente, como se lee o se escucha habitualmente.

Estas percepciones no van a acabar o se van a intensificar con una biografía. No es esa ni la más cercana intención de este libro, porque lo que ha querido Enrique —y en eso hemos trabajado— es dejar testimonio de sus sesenta años dedicados a la actividad política y a sus años de empresario de la consultoría, el *lobby* y la comunicación estratégica, en los que ha buscado contribuir a la generación de buenas políticas públicas y a apaciguar crisis.

Cada capítulo de este libro contiene una breve introducción, para dar un marco a su contenido, y luego habla Enrique en primera persona, con el fin de dar testimonio de cómo ha vivido la historia reciente de Chile uno de sus actores clave. Esperamos que estas páginas sean una contribución a una reflexión sobre los años que marcaron tan crudamente la segunda mitad del siglo XX y la manera como el país ha vivido el primer cuarto del siglo XXI.

Agradezco a Enrique Correa por darme su confianza y hacerme parte de su proyecto para llegar a concretarlo en forma y fondo.

La familia y el círculo cercano

La familia en la que se crio Enrique ejerció una fuerte influencia en toda su existencia futura. Y no solo en su acercamiento a la política, sino también en los procedimientos que —según dice— guiaron su actuar en la vida. Sus padres y hermanos no estuvieron directamente involucrados en sus actividades, pero obviamente sintieron los efectos de la vida intensa que llevaba. En esos años fue desarrollando además una vida afectiva que él mismo define como “azarosa”, en la que fue sumando hijos y nietos, con los que mantiene permanente contacto y, entre medio, una pérdida dolorosa e irreversible, la de su hijo Manuel. Junto con la evolución de su empresa, fue estrechando un círculo de confianza de pocas personas.

Primeras influencias

Siempre he procurado trazar una muralla china entre mi actividad política y mi familia, aunque en mi familia de Ovalle estuvo la semilla que dio vida a todas estas décadas dedicadas a la política.

Es cierto que uno apenas tiene recuerdos de cuando es muy niño, pero uno que tengo muy vivo es de cuando tenía cinco años de edad: un día fui corriendo donde mi mamá para contarle que había escuchado en la radio la noticia de que había muerto don Arturo Alessandri Palma, presidente de Chile y padre de otro presidente. Pienso que así como hay personas en el mundo de la literatura y el arte que sienten desde pequeños el llamado a dedicar sus vidas a la poesía, la novela, la pintura, el teatro o el cine, en fin, hay otras que sienten el llamado de la política. Así me siento. La política ha sido mi vida y lo seguirá siendo hasta el final.

Las influencias por el lado de mi familia y su entorno son múltiples y me han servido para guiar mi vida en estas casi ocho décadas. Mi familia en Ovalle era de clase media normal, no del estrato más alto de la clase media, pero sí con suficientes recursos como para

que no nos faltara nada. Mi padre Enrique era masón y mi madre Loreto era católica, no muy religiosa, pero sí influida por una tía de origen español mucho más creyente que ella.

Y aunque mi madre era católica, se crio en una familia bien comunista. Mi tío Eugenio, patriarca de esta familia materna, era presidente del Partido Comunista de Ovalle. Estuvo preso en Pisagua en el gobierno de González Videla y también en el de Carlos Ibáñez. Él y su esposa fueron como mis verdaderos abuelos y cuando yo era pequeño iban mucho a mi casa, en la que se hablaba harto de política. Todo lo que oía en esa mesa me fue quedando grabado. Por ejemplo, que Stalin, el dictador que gobernaba la Unión Soviética, era allí considerado como una gran autoridad. Cada vez que la discusión subía de tono, mi tío la enfrentaba argumentando simplemente: “¡Stalin lo dijo!”. Luego venía el silencio de todos los restantes.

A mi casa iba con frecuencia Julieta Campusano, que fue diputada y senadora por el Partido Comunista, y alguna vez estuvo Elías Lafertte, dirigente salitrero que fue uno de los fundadores de las Juventudes Comunistas y senador entre 1937 y 1953.

Cuando era niño, mi mamá me enseñaba las consignas del Frente Popular, la coalición del presidente Pedro Aguirre Cerda. Todavía recuerdo algunas: “El partido de Lafertte con Aguirre hasta la muerte”; “El partido de Lenin, con Aguirre hasta el fin”.

Por el lado de mi padre recibí influencia de la masonería y aprendí mucho sobre la tolerancia y la idea de que no había solo una verdad. Cuando tenía pocos meses de vida, y en una ciudad donde no había antibióticos, tuve una bronconeumonía y un pediatra, José Weissman, me salvó la vida. De allí en adelante siguió siendo mi pediatra, pero más que médico fue para mí como un segundo padre. Era compañero de la logia masónica de mi padre, de la que también eran parte Gabriel e Isaac Bitrán, padre y tío de Eduardo, que fue ministro de Obras Públicas.

Mi padre era muy aprensivo. Una vez me regaló un autito a pedales, pero no me dejaba salir a la calle para usarlo. Solo me permitía salir con los Bitrán, que años más tarde lo ayudaron mucho. Cuando yo estaba no recuerdo si en el exilio o clandestino, mi papá estuvo enfermo y no podía trabajar, por lo que todos dependíamos del enorme esfuerzo de mi hermano Carlos para sostener a la familia.